

1. La música

Cuando tenía ocho años me enseñaron que la **música** es la **combinación del sonido y el ritmo de forma que produzca sentimientos artísticos**. Como suele ser habitual en las personas, que somos animales de costumbres, tras leer otras muchas definiciones sigo recordando la primera. He de admitir, sin embargo, que no es perfecta: ¿qué significa eso de los «sentimientos artísticos»?

Tras revisar las restantes definiciones, acabo optando por la que nos da el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* (DRAE), que es, al fin y al cabo, nuestra principal fuente para el conocimiento de las palabras. La cuarta acepción del término dice así:

MÚSICA. Arte de combinar los sonidos de la voz humana o de los instrumentos, o de unos y otros a la vez, de suerte que produzcan deleite, conmoviendo la sensibilidad, ya sea alegre, ya tristemente.

Aunque resulte más compleja, debo reconocer que la definición del DRAE es mejor que la que yo conocía, y lo es sobre todo porque hace hincapié en una propiedad que considero característica de la música, la capacidad de conmover.

Ni los profesores de música ni los propios músicos parecen acordarse demasiado de esta capacidad, lo cual es verdaderamente grave, porque **lo maravilloso de la música**, lo que la hace destacar frente a cualquier otro arte, **es esa capacidad de conmover, de llegarnos al corazón**.

En cierta ocasión conocí a una estudiante de historia del arte que me confesó haber sufrido un desmayo al subir a la Acrópolis de Atenas y encontrarse frente a frente con el Partenón. Es significativo el desvanecimiento que tuvo aquella joven ante la obra cumbre de la arquitectura griega, pero no suele ser lo habitual. La contemplación de *La Gioconda* de Leonardo, del *Moisés* de Miguel Ángel, o de las pirámides de Gizeh nos dejará, con toda seguridad, boquiabiertos. El desenlace de una buena obra de teatro nos sumirá en cierta reflexión sobre nuestro destino. Incluso puede darse el caso de que una excelente película se nos quede grabada en el recuerdo para toda la vida. Pero en lo que ninguna de estas artes –escultura, pintura, arquitectura, teatro, cine– aventaja a la música es en la tremenda capacidad que ésta posee para

1. La música

producirnos sentimientos, para conmovernos. A todos, a cualquiera, sea estudiante de historia del arte o taxista, sea peluquera o jubilado. Quizás no con la misma música, pero sí con otra distinta. Aquí no se libra nadie.

De esa capacidad de la música para influir en nuestros sentimientos nos han dejado importantes escritos los filósofos y los teóricos de la música desde la Grecia clásica, que es adonde se remontan las fuentes más antiguas. En otro momento te comentaré algo sobre los *modos* griegos, es decir, las distintas formas de ordenar los sonidos para crear con ellos obras musicales. Pues bien, los filósofos griegos recomendaban a los gobernantes que tuvieran mucho cuidado con la música que se les ofrecía a los jóvenes, porque –decían ellos–, hay modos que inducen a los seres humanos a desarrollar buenos sentimientos –la disciplina, la calma, el orden, según su esquema de valores–, mientras que otros modos sólo contribuyen a crear sentimientos malos –el desenfreno, la falta de escrúpulos, el abandono a los instintos animales, siempre según su esquema de valores–. Dicha recomendación cobra gran relieve si se tiene en cuenta que la música, junto con la gimnasia, eran las principales asignaturas para los jóvenes que estudiaban en la Grecia clásica. Hoy día, en cambio, da la impresión de que estas asignaturas son «de segunda clase», cuando ni mucho menos debería ser así.

Probablemente aquellos sabios griegos, al hablar de los *modos*, se referían a algo más que a la mera forma de ordenar los sonidos. Es posible que tuvieran muy en cuenta el ritmo, según fuese rápido o sosegado, o el mensaje que encerraban las canciones, o la situación que se estaba dando en el momento de interpretar una determinada música. Fuera como fuese, el caso es que hace veintitantos siglos se conocía ya el poderoso influjo que ejerce la música sobre nosotros.

No me negarás que a ti también llega a ponerte triste o alegre cierto tipo de música, y que esa música puede lograr que tu memoria regrese al tiempo y al lugar donde la escuchaste por primera vez. En ese sentido, a mí me gusta comparar la música con las drogas. Si los que se drogan lo hacen para adquirir un estado de conciencia distinto –alejarse de las preocupaciones, perder la vergüenza, no sentir dolor ni tristeza–, la música posee propiedades similares, ¡y sin efectos secundarios!

La música ha sido uno de los ingredientes básicos de las celebraciones sociales, y ha contribuido desde los tiempos más remotos a reforzar los nexos de unión entre los miembros de cualquier comunidad. Citar ejemplos sería para no acabar: cualquier tribu o comunidad de cualquiera de los cinco continentes ha celebrado sus fiestas cantando y bailando, ya sea por la recogida de una cosecha, por el paso de los adolescentes a adultos o para conmemorar alguna antigua victoria guerrera. La música de las fanfarrias ha contribuido a engrandecer la coronación de los reyes, las marchas fúnebres han acompañado a personajes ilustres y a vecinos comunes en su

último recorrido, y los ejércitos han desfilado en las ciudades conquistadas al ritmo de las bandas militares. Mientras que en los castillos los trovadores elogiaban la belleza de las damas nobles –sin que sus esposos se sintieran celosos, o al menos eso se decía–, los juglares iban cantando, tocando y haciendo juegos malabares por las plazas de los pueblos, y en cualquier esquina podías encontrarte con un ciego que, a modo de telediario, entonaba la última noticia en forma de romance.

En la vida cotidiana la música lo ha impregnado todo: los labradores, los segadores, las vendimiadoras, los pastores, todo el que trabajaba en el campo aliviaba su duro trabajo entonando cantos (dice el refrán que «quien canta sus males espanta»). De hecho, el jazz y el blues tienen su origen en los cantos de los esclavos negros que recogían el algodón en las extensas fincas del sur de los Estados Unidos.

No hace tantos años que en nuestro país las madres cantaban nanas a sus hijos mientras los amamantaban, o mientras los arrullaban para que se durmieran; y cuando crecían, esos niños y esas niñas cantaban canciones para jugar al corro, a la comba y a otros muchos juegos. Los mozos hacían *rondas* para cortejar a las chicas, cantando *tonadas* que elogiaban su belleza con acompañamiento de guitarras y panderetas, y las muchachas conocían de sus madres y sus abuelas las desgracias sucedidas tiempo atrás a través de romances cantados, esos que trajeron los ciegos.

Había cantos de boda y canciones de *quintos*, que era como se les llamaba a los que se iban a «hacer la mili». Había canciones para Semana Santa y para las cruces de mayo; aún nos quedan, por ejemplo, los *mayos* de Añora, en el norte de la provincia de Córdoba. Había canciones de carnaval, que no estaban, como ahora, reservadas a las comparsas y chirigotas de concurso, y canciones de San Juan, como el *trébole*, que se entonaba para saltar las hogueras. Había muchas canciones de romería, y cualquier baile local o regional iba, por supuesto, acompañado de sus cantores e instrumentistas.

También había canciones para invocar la lluvia, cuando el regadío apenas existía; y pregones cantados, y cantos de carreteros, de carboneros, de costureras. Y luego estaban los improvisadores, esos cantores «virgueros» que eran capaces de inventarse letras durante horas para una música determinada –aquí se conocían como *troveros*– y que solían juntarse para hacer combates de canto, los llamados *desafíos*.

Como ves, la música ha estado siempre por todas partes, y todo el mundo, de una forma o de otra, «hacía» música. Por desgracia, con el siglo XX llegó la radio, y más tarde fueron viniendo los discos, la televisión, los casetes, los cedés, internet, mp3, y **todos estos avances tecnológicos**, que indudablemente han contribuido a difundir y a enriquecer nuestro panorama musical, han tenido sin embargo un efecto tremendamente perjudicial: **nos han «robado» la música**. Por supuesto que seguimos rodeados de música, y **la música nos**

1. La música

acompaña por todas partes –en casa, en el cine, en el coche, en el pub, en la discoteca... hasta en los grandes almacenes–, pero hay una gran diferencia: ya no somos nosotros los que la hacemos –salvo quizá algún villancico por Navidad y poco más–, sino que **nos la dan hecha**. Y este paso desde nuestro antiguo papel de intérpretes al nuevo papel de oyentes supone una pérdida enorme, la pérdida del placer que nos proporciona cantar, tocar y bailar, que son tres elementos propios no sólo de nuestra civilización, sino de nuestra misma identidad como especie, la del *homo sapiens*.

Por todo ello, te animo a que te incorpores a la clase de música con la mayor ilusión. Hay por ahí muchas personas, incluso políticos que promueven planes de estudio, que opinan que para aprender música están los conservatorios. Esas personas no se dan cuenta de su error. Es como si te dijeran que para conducir un coche te tienes que hacer mecánico, o piloto de Fórmula 1. No señor. Mire usted: yo lo único que quiero es ir en coche a mi trabajo y llevar a mis hijos los domingos a casa de sus abuelos. ¿Para qué demonios necesito hacerme piloto de competición?

Aquí sucede lo mismo. Los conservatorios están para quien quiera una especialización profesional como músico, sea compositor, violinista, director de orquesta o profesor. Pero no me meta usted en un conservatorio si lo único que quiero es cantar con mis compañeros, tocar piezas sencillas y disfrutar de lo que estoy haciendo. Yo quiero ser músico de la misma manera en que lo era antes cualquier persona, para disfrutar y para sentirme bien con mis paisanos haciendo algo juntos.

Fíjate bien en esto: «para hacer algo juntos». No cada uno, cada una, por su cuenta. Para eso están las demás asignaturas. El resto de las materias que estudias favorecen el desarrollo de tus capacidades individuales: la geografía, el francés, las matemáticas, la plástica, te van a servir como «gimnasia mental» para mejorar tu capacidad de desenvolverte en este mundo complejo que te ha tocado, que nos ha tocado vivir. Pero, ¿dónde puedes aprender a hacer algo *con* los demás, algo que exija estar tan pendiente de lo que tú haces como de lo que está haciendo el resto de quienes te acompañan, donde el buen resultado no dependa sólo de ti, sino de la suma de lo que tú, y ésa y aquél hagan en cada momento, segundo a segundo? ¡En la clase de música, claro está!

Y todo en tiempo real. Aquí no vale el *pause*. Porque cuando te toque tocar –valga la redundancia– un sonido en la flauta, dar un golpe al bombo, presionar una tecla del teclado, rasguear un acorde a la guitarra, dejar caer el macillo sobre una lámina del xilófono o, simplemente, cantar una sílaba, no vale tomarse un tiempo para pensarlo, ni hacerlo corriendo y «eso que me tengo quitado». No. No, porque tú eres parte de esa compleja y maravillosa pieza de relojería que forma el conjunto musical, y tienes que hacerlo... ¡ahora! Ni medio segundo antes ni una décima de segundo después. Justo ahora. ¡Vaya vértigo!, ¿eh?

¡Viva el vértigo! ¡Bienvenido, bienvenida a la clase de música!